

ALBERTO FERNANDES LEYS

EL TEMA
del Trabajo en la Pintura de
DE SANTO

EDICIONES MENSAJE

LA PLATA

Agradezco cordialmente la monografía **De Santo y su pintura mural**, que ha tenido usted la bondad de dedicarme. La he leído, y examinado en su parte gráfica, con tanto mayor interés cuanto que, si bien conocía a De Santo como grabador —poseo el fino volumen que le ha dedicado Marcos Fingerit— no he tenido oportunidad de ver su obra muralista.

Su bien escrito comentario acerca de la significación temática de los murales de este distinguido artista y sus sanas consideraciones sobre el valor del arte como expresión de optimismo y exaltado amor al hombre, merecen mis parabienes. Hubiera deseado, para considerarme totalmente satisfecho, un análisis de las cualidades plásticas de la obra de De Santo pues, como muy bien lo expresa usted, sin gozo estético no hay realización de arte verdadero, por excelentes que sean las ideas y los temas del artista.

También creo que por lo menos a esta altura de los estudios artísticos en nuestro país, quienes como usted y yo nos dedicamos a hacer conocer los valores de la Argentina, no debemos eludir, sino por el contrario, cuidar mucho, la simple y precisa información de orden biográfico. Su monografía ha prescindido de ella al punto de no mencionar siquiera la fecha de nacimiento de De Santo. Importa, sin embargo, al lector, saber qué edad tiene el artista capaz de ejecutar composiciones tales como la de Punta Lara. También necesita saber si el pintor es autodidacto o se ha formado bajo la guía de algún maestro.

No tome usted lo que digo como una crítica pedante sino como el consejo afectuoso de un veterano que sólo desea el éxito de sus colegas. Piense

EL TEMA
del Trabajo en la Pintura de
DE SANTO

A
Isvaldo C. Duran,
con afecto campesino.

18-5-57

W. Luna

ALBERTO FERNANDES LEYS

EL TEMA
del Trabajo en la Pintura de
DE SANTO

EDICIONES MENSAJE

LA PLATA

UNIVERSO	POPULAR
"ALEJANDRO	"ORN"
E	
Prof. FRANCISCO	DELGADO
Inventario N°	66031
Procedencia	Donación

929 DES:7

LEY

6603

D E D I C O

A mis hijos

ALBERTO RAFAEL

OSCAR ALFREDO

y

SUSANA MOLINARI

O B R A S D E L A U T O R

Publicadas

De Santo y su pintura mural

1949

El tema del trabajo en la pintura de De Santo

1957

Inéditas

En torno de Almafuerte

Tres Ensayos

Itinerario de la literatura rioplatense

Tres Ensayos

Plásticos Argentinos

Tres Ensayos

*Lo importante no es trabajar
sino trabajarnos*

RAFAEL BARRET

LOS menesteres del trabajo no son un tema nuevo en la pintura. Mas, son numerosos los caminos que conducen al universo del quehacer creador. Vale decir, que la interpretación del tema se acomoda a los signos que rigen la existencia del artista. Francisco A. de Santo dió sustancia al tema del trabajo. Ennoblecíó el tema. Vamos a precisar: No suministró nobleza a la labor jornalera puesto que el trabajo, como tal, lo tiene. Diremos, eso sí, que elevó el rango del tema. Frente a una obra de De Santo, no se torna indispensable establecer sus orígenes, porque ella responde, necesariamente, a un tema. No es el pintor de aquellos temas por los que escapa la responsabilidad. Es el creador que ha quitado al trabajo de la deplorable condición de tema infrecuente —y sin experiencia vital— en que se hallaba, para hacer de él el tema de su existencia, y, por añadidura, el tema de su arte.

QUÉ es el tema? Es la afirmación del sentido heroico de la vida. La existencia tiene una demanda misional. El tema, para los griegos, era una posición. Es indudable que el arte definía los sentimientos del artista creador, y aquél se hallaba del lado de la vida.

La pintura es el hallazgo de valores entrañables. No es un descubrimiento, porque la búsqueda del tema no ha de ser una actitud de evasión del tema categórico. La voluntad está regida por imperativos y es preciso que la existencia se ajuste a obligaciones espontáneas. El artista tratará de hallar un tema para su obra, pero es

cierto, además, que todo movimiento, en tal sentido, responderá a una posición insobornable, que es el tema en su existencia.

La actitud vital parte siempre de una idea singular. El esfuerzo del hombre es un modo de persistir en el tiempo. De tal manera que la experiencia es la organización y el desarrollo de las ideas. El individuo se define por la acción. Es decir, por los modos de su implicancia en las responsabilidades morales. De ahí que la postura humana sea una exaltación estética. El hombre quiere ser una síntesis de la armonía universal. Y todo aquello que concibe y realiza, tiene la vehemencia de su espíritu constructor.

La creación no es otra cosa que trabajo. El hombre afirma los sentimientos de su vocación en las hondas manifestaciones de su ingenio. El tema de una obra no será más que la prolongación de aquel otro tema que configura la personalidad del artista. De ahí que la importancia del tema no se descubra en la superficie de la anécdota sino en la profundidad de las ideas que contiene. La propia historia del hombre no se comprende por los sucesos menudos en que anduvo sino por la pareja armonía entre su vida y su obra. Por otra parte, el paisaje que fragmenta el territorio comarcano no es el testimonio del tema del pintor. Y la totalidad de la obra del paisajista podrá ser la medida de una devoción personal, mas no alcanzará a trascender como tema del creador.

El tema no es otra cosa que la dimensión del hombre. Por ello, la búsqueda del tema ha de constituir la presencia de una voluntad que afirma los designios del ser verdadero. Es la demanda del arte puesto que la pintura no siempre participa del tema existencial. Ella suele ser el refugio para una fatiga leguleya. O la ocupación ingeniosa en los ocios de una vacación meritoria. En ambas circunstancias, la pintura no se encara como oficio. No es tampoco el medio para expresar una inquietud artística. O el mensaje apasionado de quien se conmueve por los dolores múltiples. El fragmentario paisaje, o la anécdota huera, valen como índices de una incapacidad manifiesta para apresar las proyecciones del arte o para penetrar en los problemas de la vida.

LA búsqueda del tema, en la pintura, es la búsqueda constante de la verdad. Se dirá que en arte todo es verdadero para el genio creador. Pero la verdad, en el arte, no es el documento de la realidad viva. La pintura verdadera no puede ser el documento de un tiempo histórico. En el arte subyace un sentimiento de la verdad que no es la verdad doméstica, que sirve para el tráfico de lo cotidiano. Tal aserto riguroso establece la significación del arte pictórico. La trascendencia de la pintura emerge de esa búsqueda temática que, para el artista, es la búsqueda de la verdad en sí mismo. No es ya la consideración de la verdad como un acontecimiento moral. El artista es una posición militante contra la verdad como el testimonio de una realidad dada. El artista ha de ser fiel a su verdad, que, para tener un destino común, ha de escapar al imperio de las leyes que sirven a una realidad conformista.

La pintura, pues, está fuera de un tiempo fijo. Es decir, que la verdad que busca el pintor es el sentimiento de un tiempo por venir. No es la persistencia de un tiempo renovado sino de un tiempo distinto. Es decir, la verdad de un tiempo que no sea la verdad de nuestro tiempo. No mentir es, para el artista, no traicionarse. Porque cuando el artista es dueño de una verdad —que no es la verdad que sirve a la comunidad para trampearse políticamente— ya está comprometido. Y su arte —para que realice cabalmente su destino— ha de comenzar por ser fiel al propio artista. Ha de servir a su verdad, que está fuera del espacio-tiempo histórico.

La verdad, en el artista, no es el concepto moral del ser verídico. Tal aserto sería empequeñecer la función del artista en el seno de la comunidad. El artista realizará el destino de su obra en el ámbito de su verdad. No es ya el concepto de la verdad como una extracción filosófica. El artista no es el revisor de determinadas formas de la cultura, o de los modos de vivir en sociedad. La verdad la siente en función del arte, y en relación con un estilo de vida. Es decir, que la verdad del pintor es la verdad de una existencia verdadera.

El tema en la pintura no es más que la verdad como verdad en la existencia del artista.

ES claro que el hombre es una verdad por la presencia del ser. Es decir, como un modo de una realidad física. Es una verdad de la que él tiene una conciencia refleja porque está en el paisaje humano sin que logre la objetivación óptica de sí mismo. Es decir, que el hombre tiene conciencia de su realidad exterior porque seres de parecido continente le transmiten por medio de las ideas y de los hechos, la certidumbre de que existe como tal. La revelación de esa verdad, como acontecer de la existencia, no es la verdad del individuo. El hombre establece que existe por la actitud de pensar, mas su pupila no alcanza a ubicarlo en la totalidad del paisaje. Tiene una idea de su existencia —piensa que existe— pero no tiene la misma conciencia de su contorno como la tiene del prójimo. Una idea del existir, no es la pura verdad. La existencia del hombre —la revelación de su vida— se representa por ideas, mas esa idea acerca de un individuo determinado, es una verdad convencional. Logra representar la existencia de un ser, pero no alcanza a dar la idea de cómo se siente a sí mismo el individuo a que hace referencia. Esa verdad, como realidad transitoria, no es la verdad del sujeto. Además, el hombre se conforma con una idea fragmentaria de su propia realidad, y extrae el sentimiento de la verdad a través de los fenómenos de la cultura, de las ideas y de la experiencia. Es todavía una forma de la verdad puesto que no es posible apresar la verdad universal mediante las especulaciones metafísicas. Es decir, que ni el propio vivir ni los fundamentos de su cultura, le proporcionan al hombre la certeza de una verdad en la que logre refugiar la desesperación de su existencia.

El hombre se esfuerza por alcanzar un plano más alto de la verdad. Para ello, se ubica definitivamente en sí mismo. Parte de sí mismo como parte la flecha del arco que la impulsa. El hombre, como realidad física, reside en el paisaje. Vive. De tal manera, contribuye a que los hombres tengan una idea de la verdad acerca de un individuo dado. Pero la verdad de ese individuo está en sí mismo. Es decir, en los valores insertos en su propia existencia.

EL valor de la verdad no es más que el valor que se le asigne a la existencia. Vivir es un suceso mecánico para lo cual no contó la voluntad de ser. El descubrimiento de la existencia se realiza cuando el hombre le proporciona una tendencia valorativa a sus actos. Es decir, cuando aspira a ser él en la plenitud del ser. O, lo que es lo mismo, cuando el hombre convierte su peripecia en un tema frecuente. Vale decir, un modo de existir de tal manera que se descubra que el tema de una obra no es otra cosa que el tema de una existencia. No el tema de una vida porque acabada ella, fenecería el tema. La existencia, en cambio, es un acomodarse en la perspectiva histórica y proyectarse sobre los tiempos a través de los temas.

Es cuando hacen su aparecimiento los artistas y los héroes, y éstos realizan la plenitud de su destino por medio del trabajo. La inmortalidad de un hombre es una demanda jornalera. Porque la inmortalidad, asimismo, es la frecuencia del hombre en una preocupación de cálida resonancia. No es la hipoteca de una vida a una vanidad legendaria. La gloria es huidiza. Por eso, ella va al encuentro de los hombres y perdura en la grandeza de su genio. Por otra parte, el hombre no trabaja para dejar un nombre orillado de leyenda sino para realizar, con el desarrollo de sus inquietudes, el perfil de su existencia. Es decir, que va a perseverar en la búsqueda de sus íntimas apetencias para hallar el sentido cósmico de su ser. No será desde luego el hallazgo de un tipo humano distinto. Los héroes y los artistas, no son seres distintos. En cambio, perciben su existencia en otra latitud. Responden a voces inaudibles que reclaman la vigencia de su genio en los menesteres de su vocación. Nada más que trabajo? El trabajo y la certidumbre de que por él va a revelar el hombre su existencia verdadera. O, lo que es lo mismo, su existencia como una verdad perdurable.

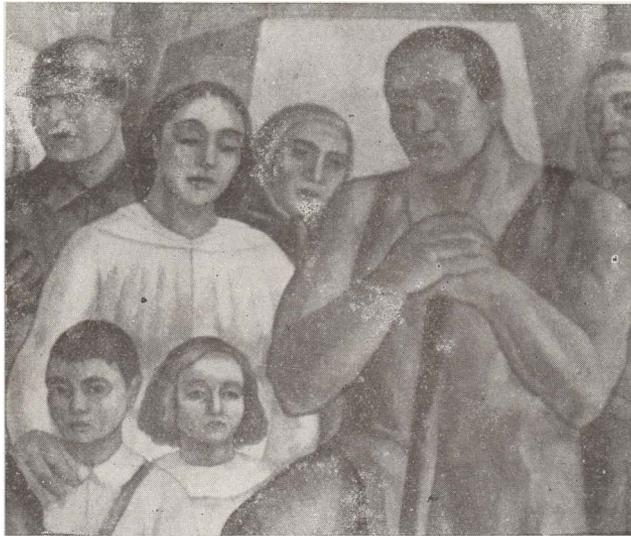
El hombre ha realizado —y realiza— su más definida personalidad por el trabajo, que es una intención y una acción, existenciales. No es posible interpretar la existencia del hombre fuera de aquellas ocupaciones que no exigen la contribución de su esfuerzo creador. Entonces, todo trabajo es un empeño cierto en algún senti-

do. Es decir, lo que importa para el trabajo es la presencia vital del hombre. Vale decir que él penetra, por su genio y en ingenio, en el prodigio del trabajo fecundo, que es una categoría del hombre. Por ser así, forzoso es admitir que el trabajo, como tema, ha de colmar las posibilidades del arte, que no es otra cosa que aquellas hazañas en las cuales el hombre vierte su alegría de vivir. El arte es trabajo. La belleza, que es una emoción estética, es el penacho que lo ennoblece. Sin trabajo, que es utilidad social, no hay arte ni belleza.

Cuando se habla de utilidad, se entiende que ya no se habla del arte. En el ámbito del espíritu, lo útil colma aspiraciones materiales. Y quizá por una sobreestimación de lo ideal, no se advierte que toda la cultura es el cultivo de aquellas experiencias que han transformado —y transforman— la vida del hombre. La experiencia modifica los sentimientos de la belleza porque la historia del hombre ha sido la versión de una voluntad enderezada a superar los medios de la vida en común. Vale decir, a liberarse de aquello que habiendo sido útil en un momento dado, no corresponde a los grados de la civilización contemporánea. Lo útil ayer, es lo inútil hoy, porque el hombre ha modificado los valores de aquello que servía a sus necesidades. Es decir, que al tiempo que sometía los elementos a su voluntad y dominaba los medios que lo liberaban de lo contingente, creaba los estímulos para sentir la belleza a través de una existencia segura. El arte es cultivo, y la belleza es aquello que sirve para enaltecer la existencia puesto que lo bello libera de lo opuesto.

Históricamente, el arte duradero es aquel que ha sido entendido como un trabajo intenso por parte del artista, y contiene, además, el fermento de una inquietud. Es decir, que no han gravitado en la historia de la plástica aquellas obras que han hecho preponderantemente de las manifestaciones del trabajo un tema de contenido económico-social. El arte, para que pueda ser entendido como un movimiento superior, es preciso despojarlo de tendencias excluyentes. Todo arte es social. Aquel ingenio plástico que someta su inspiración a las estrechas perspectivas del dogma político, podrá ser un eficaz propagandista, pero jamás logrará ser un artista universal.

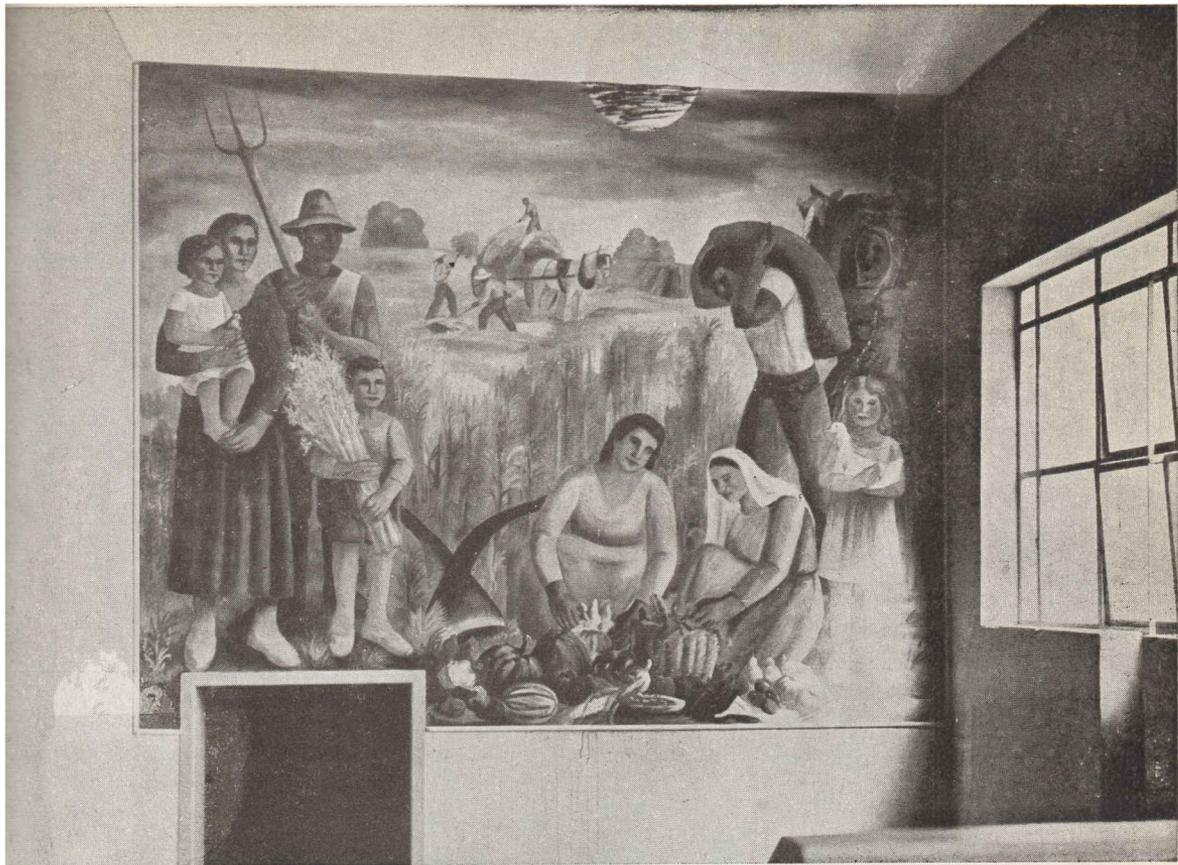
MURAL (Fragmento)
*realizado para la Federación Socialista
Bonaerense, La Plata*





EL SEMBRADOR

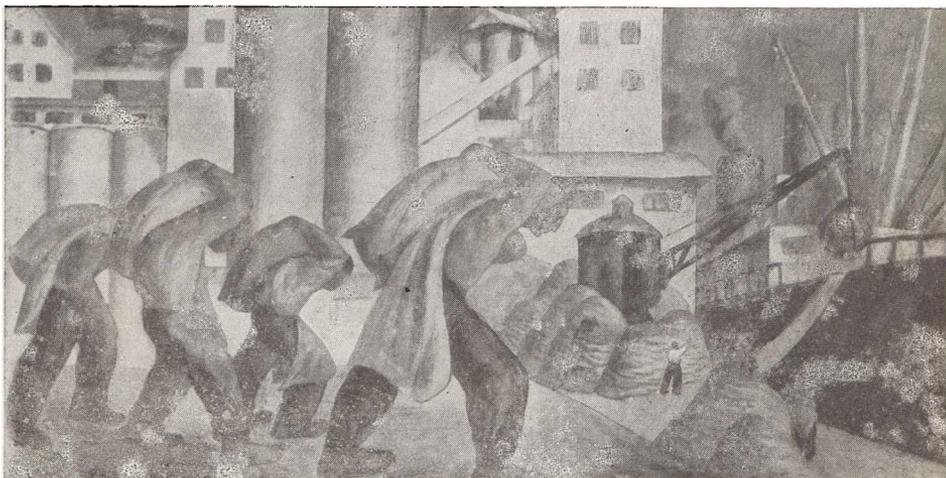
Mural en la Delegación Municipal de Los Hornos, La Plata



LOS AGRICULTORES

Mural en la Delegación Municipal de Los Hornos, La Plata

MURAL
*realizado para la Federación Socialista
Bonaerense, La Plata*



Además, el trabajo como tema de la pintura puede constituir una tentativa para artistas que aceptan sus menesteres como un tema. Es decir, que se quedan en lo anecdótico y eluden la interpretación del trabajo como un acontecer humano de infinitas proyecciones. Se trata de aquellos artistas con vocación pictórica y carentes de penetración sociológica, que en sus ocios discurren que el trabajo de los otros puede ser un tema para un arte que no le exige esfuerzo. Es la pintura intrascendente. Es posible que en ella se hayan resuelto problemas de luz y de color y que, técnicamente, sea una obra acabada. Será un valor como arte en el ámbito del arte, mas no será una obra perdurable puesto que la técnica pictórica es aprendizaje. El trabajo requiere trabajadores. Y el arte reclama que el artista vierta sus auténticas devociones. El trabajo de los otros puede entenderse en función de tema. Empero, el tema duradero ha de ser la versión que el artista haga de su propio trabajo, que, indudablemente, contendrá los valores de una existencia que no se ha enriquecido con el trabajo ajeno.

En tal sentido, la obra pictórica de Francisco A. De Santo constituye el pronunciamiento de una jugosa experiencia.

EL tema del trabajo en el arte de De Santo, no es una tendencia singular dentro de un modo personal de concebir la pintura. No es la explotación de un sentimiento desquiciador ni la exaltación de las corrientes populares del arte. No ha de verse en De Santo, tampoco, una tentativa a enrolar su pintura en alguno de los "ismos" que confunden la trayectoria del arte. El tema del trabajo no es otra cosa que el tema de su existencia. De Santo ha inaugurado un mundo del trabajo que es el territorio de plurales victorias.

Hasta el estallido de la Revolución Francesa, el tema del trabajo no había penetrado las inquietudes artísticas de los pintores religiosos o palaciegos. Y si el fermento revolucionario, que había de culminar con la toma de la Bastilla, contó, en el proceso de incuba-

ción de la sangrienta protesta, con el aporte sutil del arte al servicio de las reivindicaciones populares, el arte no tuvo más resonancia que aquella que podía trascender como un puro pronunciamiento contra la monarquía feudataria. Los artistas religiosos o palaciegos, respondieron a la filosofía económica de su tiempo. La burguesía, que afirmó con el triunfo de la Revolución Francesa un nuevo estilo de vida, inauguró una noble perspectiva para el arte porque el hecho social no perdió de vista, en la triple invocación, el rumbo del hombre. El realismo literario de Zola, que reveló al pueblo trabajador como elemento integrante de la totalidad humana, se sumó tiempo después a las manifestaciones del arte. Un tema inédito se incorporó a las especulaciones del espíritu. Empero, los artistas demoraron en comprender al pueblo. Y la búsqueda del tema continuó haciéndose por los caminos de la imaginación para verter motivos religiosos, o explicar los sucesos de la antigüedad, o los acontecimientos militares del siglo.

La Revolución Francesa dió al arte pictórico, libertad y una emoción humana. Y en el ciclo vital de un arte liberado, las corrientes de la época tomaron el cauce de peculiares afinidades. Transformaron los modos de pintar, mas quedaron en pintores de la burguesía. El pueblo trabajador estaba en la calle, vehemente y activo, pero aun se halla fuera de la pintura a pesar de ser un tema vivo y dramático. La filosofía política del liberalismo es el fundamento de una burguesía que ha evolucionado hacia el capitalismo. El arte es todavía la expresión de una organización social que, como Luis XVI, se muestra lerda en comprender los fenómenos sociales que provoca. El artista se cómplica innecesariamente. Observa más el continente que el contenido. Y aun cuando le es posible crear en condiciones de libertad, no es todavía dueño de sus ideas. No ajusta su existencia a las obligaciones de la lucha. La anécdota del trabajo puede darle tema. Pero el trabajo no es una aventura en su vida. Empero, el movimiento es de avance. No se regresa a tiempos periclitados. Toda inquietud humana es una ofensiva para persistir a lo largo de las edades como una voz profundamente actual.

Por ello, el trabajo es una categoría del arte.

EN un mundo de trabajo organizado a través de sistemas económicos que aseguran la vida del individuo desde la cuna hasta la tumba, cómo siente el tema del trabajo Francisco A. De Santo? Cómo se pronuncia? Qué es aquello que anticipa?

No es posible insistir, en la pintura, con el tema de la explotación del hombre. Toda tentativa en tal sentido, no preocupó al capitalismo. Y el explotado no reconoció, en esa pintura, su tragedia. En algunos casos, porque no llegaba hasta ella. En otros, porque no la entendía. El explotado quería que se pintara menos su drama y que, en cambio, se le dieran los fundamentos para escapar de la explotación. En el feudalismo, los pintores religiosos le prometían el cielo. Los pintores contemporáneos han suprimido el cielo y han estampado el retrato de sus penurias. Es el hombre sólo en el ámbito de su propia tragedia. Era un tema que provenía del trabajo, pero que no era el tema del trabajo. Empezaba aquel por no ser el trabajo del pintor puesto que él respondía a una filosofía política. El supuesto pintor revolucionario salía del comité en compañía del fijador de carteles. Ambos, respondían a una finalidad proselitista. De tal suerte, que el tema había de responder a un realismo subjetivo más que a la propia realidad. Tal es el primer quebranto de la llamada pintura social. En ese sentido, los pintores palaciegos fueron honestos con su arte puesto que dieron una visión objetiva de un mundo que era, bien mirado, su propio mundo político.

En un tiempo en que no es posible entender el trabajo como un castigo, es preciso aceptarlo como un instrumento de liberación. El tema del trabajo en la pintura ha de ser un planteo hacia la libertad. De esta suerte, el trabajo es la dinámica en la pintura de Francisco A. De Santo. La indudable armonía del paisaje es la que reside en los espíritus. Todo dice que son hombres dichosos. Para quienes trabajan? No trabajan, evidentemente, para los explotadores.

de humano, de fraternal y de cálido, es lo que corresponde a un estilo de vida elegido, que en De Santo ha sido el trabajo.

El mundo en la obra de De Santo, es el mundo que él eligiera. Es su mundo intransferible. El mundo no se inventa: se elige. Y puede ocurrir que no sea el mundo que se acomode a los holgazanes, o a los que nacieron para vivir en la esclavitud. Mas, los que tienen urgencia por perfeccionar su vida, y nada esperan por añadidura, construyen los elementos vitales para su eternidad. Eso es trabajo. Ese es el mundo que eligiera De Santo. Y en él cabe todo lo que importa a la totalidad del ser. Es decir, a una vida organizada sobre la verdad eterna: Y es que el hombre está solo y tiene que inventarlo todo como si la vida humana comenzara recién con él.

EN la pertinacia laboriosa de Francisco A. De Santo se acendra la profundidad moral de su obra. Porque su pintura es un registro temático en torno al tema de su pasión cósmica. Es decir, que los habitantes en el mundo de sus telas, han sido conmovidos por el claro optimismo del creador. Hay una serenidad seductora en el paisaje y en los espíritus. Es que la naturaleza y los hombres se encuentran en permanente creación. Los hombres no son libres porque tengan una formación política o filosófica de la libertad. El orgullo de su espiritualidad reside en que han sabido conquistar la libertad por el trabajo. Y es cierto, además, que en un mundo entenebrecido por pasiones brutales, la serenidad se logra en el instante en que el hombre domina el temor.

Tal certidumbre es el fruto de su experiencia. Y en la impasibilidad de los rostros hay que descubrir el sosiego interior. No son, como se ha dicho alguna vez, hombres tristes. Son seres que no han pasado por circunstancias dolorosas. No han sufrido. El dolor quiebra el ánimo y ensombrece los espíritus. Los hombres que transitan por la pintura de De Santo son dueños de su propio destino, porque son dueños de sus propias herramientas. Este es el mensaje de salud es-

piritual que formula el pintor. De ahí que no hayan caído en los abismos de la soledad, de la angustia y de la desesperación, estados de alma que enturbian la perspectiva humana. No existen problemas metafísicos allí donde el hombre se propone construir noblemente.

De Santo es fiel, a través de su arte, con su modo de vivir. Es que el artista ha de organizar su obra por la interpretación de vidas que le son extrañas? Dónde hallaría, entonces, su propia verdad? No existe para De Santo más paisaje que el hombre porque la perspectiva humana la encuentra en sí mismo. Hombre sin amaño y sin trampas, supo a tiempo que el destino del hombre es ser útil para que el valor de la existencia se mida por los grados de utilidad social. Toda la sabiduría de De Santo se podría condensar en una frase: El trabajo es un deber. Qué formas del trabajo? El trabajo es un acontecimiento universal. Toda forma de trabajo trasciende a la colectividad como utilidad. En las pinturas de De Santo, los hombres aparecen en las múltiples actitudes de labor, sin recelos y sin violencias. No es el hombre conformista sino aquel que ha hallado —no el trabajo que le gusta— sino el que hace su dicha. Porque el trabajo gustoso no es de toda la fórmula de la felicidad. Aun el hombre trabaja para que otros se enriquezcan. El trabajo dichoso es aquel que confunde al hombre en la plenitud de la naturaleza puesto que ha logrado ser el testimonio de la energía creadora en libertad.

La belleza no puede ser el fin de toda obra de arte. Porque un **arte bello**, sería mezquinar el trascendentalismo del arte. Preferimos un arte menos exacto. La belleza se impone en la medida en que deja de considerársela como un tema de arte. Vale decir, en la medida en que el artista problematiza los sentimientos y descubre que la verdad no es la belleza como ésta no es la verdad puesto que la verdad suele estar también contra la belleza. La verdad que perdura es aquella que tiene el desgarramiento de un grito. Luego, que en la pintura no preocupa el **realismo de lo verdadero**. Es otra la demanda. Y feliz de aquel que pudo verter en su obra la verdad de su existencia, tal como lo ha hecho Francisco A. De Santo, porque entonces la belleza de su obra es la que corresponde a su vida. Es de-

cir, que un fenómeno universal dá arquitectura a una obra verdadera —que no está hecha de realidad— sino de verdad. Que es un modo de vivir como cualquier otro, pero del cual resulta que la belleza se alcanza por el trabajo. Es decir, que el trabajo embellece la existencia y dá contenido al arte.

En la obra de De Santo, la belleza es preciso extraerla de la sencilla vida del trabajo. Vale decir, de esos tipos sanos y simples, que son los habitantes de su mundo pictórico. La belleza hay que buscarla en las manos. La quiromancia descubre el porvenir en las rayas de la mano. La certeza y la seguridad del trabajador y su familia, no está en los signos cabalísticos sino en las manos que acarician las herramientas. Y eso es posible cuando el trabajo es una devoción. Cuando el hombre prolonga afectos del corazón en los instrumentos de su jornada fecunda. El jornalero ideal es aquel que ama, pues el trabajo es un vivir sin odios.

La belleza en la obra de arte, que es el testimonio de una voluntad con responsabilidad y de un espíritu alerta, es la que trasciende del acto. La belleza es indispensable para vivir porque nos enseña a existir en la libertad.

EL hombre se libera por el trabajo. Es cierto. Tal es el sentido cálido en la obra artística de De Santo. Queda, sin embargo, la posibilidad de afirmar que el hombre no se libera del trabajo. Vale decir, que el hombre ha de ser siempre un trabajador. El maquinismo —que es un fenómeno del industrialismo capitalista— desaloja al hombre de sus labores. No lo libera. Lo deja sin ocupación. Es decir, que ya no tendrá la seguridad que le daba su esfuerzo, y deberá comenzar de nuevo para no caer en la miseria.

Pero aún cuando la máquina trabajara para el hombre —así como lo quería Hinkeman, aquel torturado personaje de Ernest Toller— lo cierto es que el hombre habrá afirmado definitivamente los sentimientos de su seguridad económica, mas no habrá dejado ser, por ello,

un trabajador. El hombre —cualquiera fuese su condición en una sociedad donde la máquina sirva a un industrialismo superado— tendrá necesariamente que seguir siendo un trabajador. Tendrá que trabajar puesto que la máquina no le habrá arrebatado su ingenio creador ni la capacidad de rendimiento de sus manos productoras.

Ese es el país de la pintura de De Santo. El hombre retornará a aquellas labores que serán el reencuentro con la tierra, junto a su mujer y sus hijos. ¡Trabaja, siempre! Trabajo para ser, y para sentirse dueño de sí mismo, en el equilibrio existencial de sus ideas con su capacidad de crear. El hombre ha de ganarse el derecho a residir en la tierra, y no se reconoce otra contraseña que la del trabajo. Por él construye todo, y lo inmodificable es, precisamente, aquello que ha creado el hombre con su propio trabajo.

EL tema del trabajo es la posibilidad de entender la vida de una manera distinta. Porque el trabajo mismo es un modo diferente de actuar en medio de los hombres. Quien vaya hasta el trabajo en busca de temas, no puede ser un impasible transcriptor de la realidad circundante. Tiene que penetrar en los problemas que se le ofrecen. Para ello, es preciso que el trabajo haya fortalecido sus músculos y serenado la visión objetiva del acontecer histórico. Es decir, no puede ser indiferente a la vida que le rodea. Es que ya la indiferencia es una cobardía. Tal circunstancia, no obliga a adoptar posiciones extremistas sino actitudes responsables frente a la realidad social. El artista debe escapar a la sugestión de que el arte es una servidumbre en algún sentido. El arte es lo significativo para la personalidad, y en la medida en que aquel adquiere la fuerza de una soledad meditada, el artista se hallará en poder de una conciencia que no ha perecido por el soborno. Porque el artista ha de ser insobornable aun para aquella verdad que se le ofrece como tal. El tema del trabajo tiene, como tema, una exigencia y es la de que el artista ha de revelar su propio trabajo. El arte no será más que el documento de una verdad con raíz en la

experiencia vital.

En esa coyuntura, De Santo no modifica los signos de su arte. Permanece invariable a un paisaje espiritual. Su pintura no responde a consignas ni ajusta sus creaciones a ideas que no respondan a un modo personal de sentir su vida. Ocurrirá que haya quienes no reconozcan su paisaje dentro de nuestra geografía. Sin embargo, no habrá nada más auténtico que el fervor de De Santo por el trabajo. La pintura es la medida de su esfuerzo. Y aquello que trasciende en lo universal es la confesión de que el artista ha sido fiel a las voces interiores. Todo su amor por los hombres está contenido en el universo de su genio, territorio hospitalario donde se podrá vivir como se quiera, pero a condición de que sus habitantes conquisten el derecho a residir en él.

De Santo no ha agotado el tema. Ha fijado, eso sí, una conducta. Aquellos que persistan después de él, habrán de responder por su arte con los modos de su existencia. El artista cabal será aquel que busque el tema del trabajo en sus trabajos. Porque no estará en posesión de un arte de verdad indudable quien no ha sido lo suficientemente fuerte como para realizar su existencia con la labor de sus manos. Eso mismo que permite estar cerca de los hombres. Y lejos de su malicia.

LA actitud existencial no es de expectativa sino de disyuntiva. Quien se dispone a trabajar ha comenzado por definir su vida. Y adquiere, por ello, la comprensión de que está abierto a todos los riesgos pero que ha de perdurar, inalterable, la presencia de una voluntad enérgica. La solidaridad es una fuerza seductora que empuja al hombre hacia el perfeccionamiento de la simpatía humana. No es un ser de industrias quien carece de compromisos. Vale decir, que no siente a su vida complicada con otras vidas. Porque el trabajo —trabajo como producción— es el medio por el cual han de ser satisfechas las necesidades. El trabajo, así entendido, es el agente de la seguridad. Mas, el hombre puede tener pocas o muchas necesidades. Todo

dependerá de sus compromisos. Lo cierto es, sin embargo, que el hombre sin compromisos limita extraordinariamente sus necesidades, y, de tal suerte, no se le reconoce aptitud para el trabajo. Trabajo, pues, es la existencia compartida con su familia. El hombre se complica en lo universal por su esfuerzo, y la dinámica de la hombría no es otra cosa que pulso e impulso.

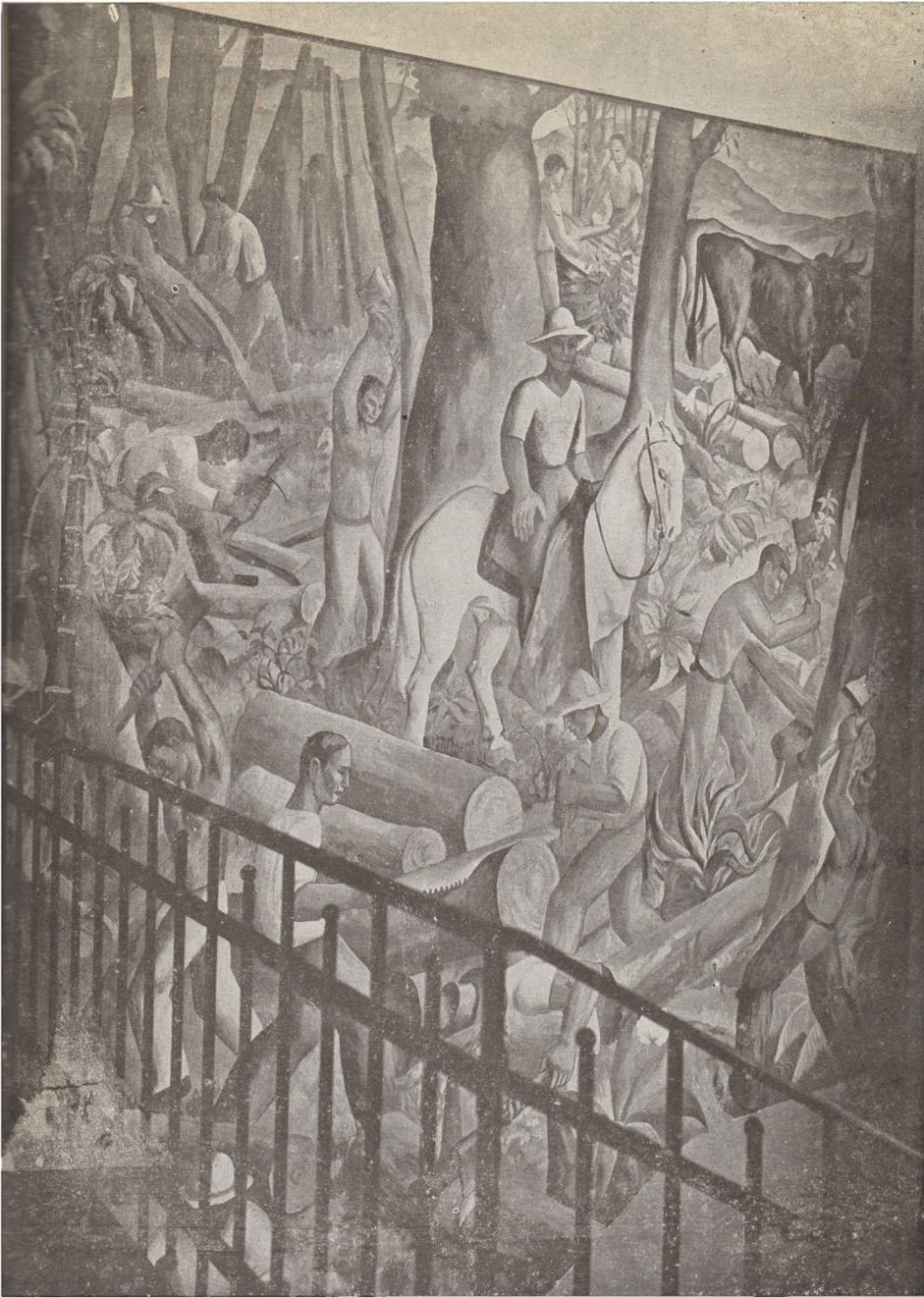
La pintura de De Santo no expresa soluciones económicas. En la perspectiva histórica, no se advierte al hombre pormenorizado en el complejo de necesidades fundamentales. En cambio, la unidad del hombre es la familia. No desciende a la versión prolija de los problemas. Pero, evidentemente los problemas existen. La ocupación del hombre solitario es un placer. El hombre que ha contraído responsabilidades, siente el trabajo inmediato como una obligatoriedad. En la obligación está inmersa la satisfacción. Vale decir, que el trabajo es la dicha porque presta sentido a la existencia. Y si el hombre fuera un desasosegado buscador de la belleza, acaso no haya reparado todavía que toda la belleza está consigo. Que la familia y el trabajo le proporcionan los grados de belleza ecuménica, que es la que corresponde al sentimiento de la solidaridad.

El hombre solo se halla fuera de la eternidad, y el trabajo lo incorpora a la historia. La eternidad es una preocupación metafísica. El trabajador es un multiplicador de presentes y, sin propornérselo, quedará inserto en la historia vital. Nada de lo de él podrá ser extraño a su propio esfuerzo. Y el porvenir —que es una forma del futuro— revelará la impronta de aquel hombre que anduvo sobre la tierra con la prestancia de quien ha sabido complicarse en las luchas de la existencia, pero sin haber dejado de ser él. Sin que lo circundante —y las circunstancias— malogren su sino, que es la historicidad del ser existencial. Nada es duradero en el ser sin compromiso, y el trabajo es la victoria del hombre.

En el ámbito de la mismidad, se halla la existencia de De Santo, y su arte es la síntesis de una pasión que encontró los estímulos vitales en el trabajo. El paisaje de De Santo es el triunfo de la peripecia humana sobre lo contingente. En él no será posible advertir otro he-

cho que la satisfacción del hombre que ha construido todo. Y la paz bucólica que envuelve el paisaje es la paz que ha perfeccionado el ser que quedó fuera de lo providencial. Vale decir que toda la trayectoria es vital. Y que el hombre está en condiciones para inaugurar, en cualquier instante, el mundo de su trabajo, que será el universo de la definitiva armonía.

Es el mundo que domina la pintura de De Santo. Para que valga como un anticipo, el hombre se decidirá de una vez a trabajar por él.



LOS LEÑADORES

Mural en el Instituto Agustín B. Gambier, La Plata

ESTA OBRA

*se terminó de imprimir en las prensas
de los Talleres Gráficos EL SOL,
calle 49 número 729, La Plata,
el día sábado 20 de abril de 1957.
Se hizo un tiraje de 150 ejemplares,
fuera de comercio. Labor tipográfica
a cargo del autor.*

usted que su librito puede llegar fácilmente al extranjero, donde mucha gente está ávida de saber algo del arte argentino; y para este saber no basta enterarse de opiniones, por apreciables que sean, sino que se requieren hechos concretos, también. Se lo digo en conocimiento de causa, pues la historia del arte argentino, hasta nuestros días, está hecha en su mayor parte de comentarios de valor a menudo pasajero, en cuya nebulosidad suele ser difícilísimo asirse a un dato sólido. Debemos reaccionar contra esa desidia y, a mi entender, poner en todos nuestros escritos un poco de simple y sólida historia.

JULIO F. PAYRO
Bs. As., 11 de mayo de 1949

©

FRANCISCO AMÉRICO DE SANTO

Nació en aguas argentinas el día 6 de mayo de 1901.

Estudió dibujo con Rodolfo Bezzichleri; grabado con Rodolfo Franco; pintura con Antonio Alice; procedimiento mural con José Lunardi, en Florencia.

En tesonera búsqueda de su estilo, logró componer una personalidad de autodidacto.

Realizó viajes por Italia, España, Africa, el norte de nuestro país, Chile, Perú, Bolivia, Paraguay, y naciones del Pacífico.

Decoró numerosos establecimientos escolares, dependencias municipales y privadas de la Provincia, y el Mercado Provincial de Puno, en Bolivia.

Actualmente, ejerce la docencia en la Escuela Superior de Bellas Artes. El Premio Provincial de Bellas Artes, 1956, consagra a un artista verdadero.

